**1 ¿Somos necesarios los gallegos?**

Comencemos este libro con buen pie, que además es como está escrito, por lo que es la base científica del asunto galaico. En este mundo en el que parece que sobra de todo, empezando por mí, la pregunta clave sería: ¿somos necesarios los gallegos?, ¿se podría vivir sin gallegos? La respuesta es clara: sin chinos sí o, al menos, sin mil millones de ellos, seguro, porque aún quedarían otros trescientos millones, que para abrir locales de Todo a Cien... de sobra.

Sin embargo, los gallegos es un tema aparte porque no es que seamos necesarios, somos imprescindibles, ya que el gallego es el precursor de los griegos en cuanto a su filosofía. Para el gallego hay algo elemental que con una simple frase abre innumerables vías al conocimiento, al saber, acercando al ser humano a límites interplanetarios y coexistenciales, y esa frase es: «¿E por que?».

Cuando un gallego dice «¿e por que?», si no es la humanidad entera, los que están a su lado tiemblan, y lo hacen porque saben que hay un algo más allá del que nadie se ha percatado y solo él ha podido vislumbrar.

Pero pongamos un ejemplo más que evidente porque muchas veces son clarificadores. Si un grupo de científicos e investigadores de las más prestigiosas universidades del mundo lleva más de veinte años tratando de hallar la vacuna contra una nueva enfermedad, experimentando con ratones, modificándoles las células o analizando su sistema nervioso, ¿tú crees que un gallego seguiría por ese camino, por esa línea de investigación? No, un gallego, ya por llevar veinte años dándole la vara al roedor, como un resorte diría: «¿E por que o ratón?», para añadir: «¿E por que non cos grillos?».

Es muy probable que ante esta aseveración, los investigadores y especialistas argumentaran que la estructura interna del ratón es similar a la de la especie humana, que su composición cerebral, su morfología, los leucocitos e incluso sus plaquetas… y ante lo que pudiera ser un tratado ratonil, el gallego insistirá: «¿E por que non cos grillos?, ¿quen abriu en canal un grillo?». Y tras esta interrogación tan dada en la ciencia, expondría su teoría: «Imos ver, ¡oh!, cantos estudios teóricos cando se levan á práctica non teñen que ver coa realidade... tamos de coña ou que…». Y en un arranque solo achacable a su sinceridad innata, añadiría: «¿Pero non vos vale xa vinte anos escarallando ao ratón pra ver que non? Parecedes parvos».

Es muy probable, por su idiosincrasia, que un gallego no sea capaz de llevar un proceso de investigación y desarrollo de una vacuna siguiendo paso a paso un protocolo, porque paso a paso con zuecos el asunto es complejo, pero, sin embargo, con su «¿e por que?» consigue hacerse un replanteamiento y obtener como resultado un nuevo panorama, un nuevo prisma, un nuevo método de análisis, y esto es de vital importancia en la ciencia cuando el personal se obceca. Por eso son imprescindibles los gallegos, porque un alemán, un sueco, un japonés o un suizo se pasarían no veinte, sino treinta y cuarenta años con el ratón a vueltas; pero en un gallego se despierta siempre una innata curiosidad. Y si falla el grillo, ¿habría algún problema? Pues no, porque aún le quedarían en la recámara el quebrantahuesos, la polilla o el colobrí.

El gallego siempre tiene un «¿e por que?» para todo; y por eso, cualquier equipo multidisciplinar que se precie debería contar con un compatriota, especialmente en I+D, porque ahí el gallego lo borda. En I+D es lo máximo, y si por cualquier cosa el I+D fracasa, lo asume con naturalidad, con una frase que lo dice todo: «ahí más den».

#  2 Digamos que se llama Fandiño

Pongamos que se llama Fandiño y que es gallego. Pues si alguien quiere explicar cómo es Fandiño, sería una liada. Unos dirían que es alto; otros que bajo; habrá quien asegure que gordo; quien apunte que delgado y hasta que es normal, que es como no decir nada; y algunos... Es más, si Fandiño fuera un atracador, lo mejor para la policía es que no hubiera testigos, sería el único caso en el mundo en el que sin ellos sería más fácil identificarlo, pero con testigos de por medio y siendo gallegos... a Fandiño no lo detiene ni dios, fijo. Incluso te diría más, si Fandiño, en vez de un simple delincuente fuera un terrorista, me río yo de subir en España la alerta a nivel 4, sería una amenaza permanente y todos acongojados día y noche, pero como Fandiño es gallego… es inofensivo, «unha boa persoa», que se dice.

Un Fandiño de la vida se sale del concepto de lo humano, de lo conocido, de lo racionalmente explicable, y hay que adentrarse en el mundo de la metafísica rozando lo paranormal. Porque Fandiño, por ejemplo, en eso del vestir, lo mismo va un día con jersey apretado que parece que va a explotar, que con traje porque hay boda o entierro; y lo mismo alterna camisa rosa con pantalón rojo, que uno de color butano con amarillo. Y lo más impresionante, el día que menos te lo esperas aparece con pantalón superplanchado de tergal marcando raya; y sabes que es él no porque lo veas, sino porque estás en el bar y cuando entra oyes: «¡¡¡Carallo, Fandiño, onde vassssssssss!!!». Alucinante.

Un Fandiño, un auténtico Fandiño, si fuera atracador y la palmara, si ya estando vivo es imposible identificarlo, fiambre tampoco; me refiero a identificarlo legalmente, con nombre y apellidos.

En cualquier parte del mundo un pavo la patea y alguien termina sabiendo quién es; en Galicia no, en Galicia lo ven doscientos mil gallegos y todos coinciden en una cosa: «¿Ise?, ise é o primo irmán de Rosiña», y allá va todo el Grupo de Homicidios a la casa de Rosiña. Claro que esto de ser el primo irmán de Rosiña tiene sus ventajas, porque si a la policía le dices que se llama, por ejemplo, Luis Gutiérrez Sánchez... busca tú en toda España y parte de Sudamérica, Alemania y Suiza a sus familiares, que como mínimo 3.400 millones de Gutiérrez y Sánchez bien a gusto los hay, pero si es el primo irmán de Rosiña... casi seguro que como mucho mucho solo hay uno; pero una cosa es que sea el primo irmán y otra cómo se llame, porque ya lo dice Rosiña con sus brazos en jarras mientras el inspector jefe fuma un cigarrillo: «¡Ay!, vivir, vivía eiquí desde fai tempo, desde que enviudou, pero nós sempre le chamábamos Luis, solo Luis e solo Luis. Luis vén pra eiquí, Luis vai palá... e el respondía, pero iso dos apellidos non lle sei, señor. Iso si que non». Y si Rosiña dice non, es que non.

3 Nunca pide nada

Como es muy probable que no hayas leído la introducción, porque es algo… incluso qué te diría yo, que hasta innato en el ser humano, te diré que el gallego, el auténtico, al que me refiero en este libro, el que vive en las aldeas, nunca te pedirá nada, pero no tengo claro si es eso una virtud o un defecto.

Desconozco si esta es la causa de que nunca haya sido reivindicativo, pero el gallego jamás te pedirá algo y si lo hace no será directamente, como tú y yo, que decimos: «Oye, ¿te puedo coger esto?». No, él no. Él le dará veinte mil vueltas, te hará las más extrañas insinuaciones, las preguntas más raras o los comentarios más enrevesados, pero pedirte algo… en la vida. Y además, que esto es lo alucinante, aunque te conozca de hace tres, cuatro, diez años o catorce siglos y lo veas todos los días... ¿pedirte algo?, imposible; es como si tuviera claustrofobia o agorafobia, una enfermedad, igualito, superior a sus fuerzas.

Pero vayamos a un caso práctico, lo que vives con él, lo que experimentas, y luego que Harvard analice lo ocurrido y si quieren que hagan un tratado sobre *El gallego, un mundo desconocido. Tomo 3.427*.

En la aldea en la que vivía, mi vecina Virtudes era la única que tenía un limonero, y yo, por esas cosas de la vida y de la naturaleza, el único que tenía un cerezo. Así que el asunto era bien sencillo; cuando por lo que fuera, porque habíamos comprado pescado para comer o querías hacerte un *gin-tonic*, ibas a su casa y desde unos cien metros le gritabas: «¡¡Te cojo un limóóóón!!», y entonces oías como el eco: «¡¡Cólleooooo, cólleooooo!!». Te acercabas al arbolillo, cogías uno o dos y te los llevabas. Y así entre cítrico y cítrico iba pasando el tiempo.

Un día de verano, estando frente a mi casa, en la pista que cruzaba la aldea, que era el lugar de reunión, algo así como Hyde Park pero a la gallega, Virtudes, en medio de una conversación dijo: «Oes, Jisande, ¿xa tes cereixas?». «No sé», le respondí, y seguí charlando con el vecindario de cosas de la vida, a saber de qué.

Al poco rato, teorizando sobre algo que nada tenía que ver con el mundo de la fruticultura, como si fuera una especie de paréntesis dialéctico, Virtudes continuó: «Ao mellor xa viñeron as cereixas...». «Pues ni idea, Virtudiñas, que ya sabes que yo no me fijo mucho», y seguí hablando. Y entonces, en otro momento dijo: «Pois casi é sejuro que as tes».

Llegado a este punto me dio así como un chispazo electromagnético en el cerebro y le respondí: «¿Pero qué pasa con las cerezas?». Y entonces contestó: «Non, e que os netos queren unhas poucas». «Pues que pongan la escalera contra el árbol y que cojan las que quieran», respondí, y tras esa frase oigo a grito pelado: «¡¡¡¡¡¡Que di o Jisande que poderes irrrrrrrr, que poderes irrrrrrrrr!!!!!!». Y de repente, como si aquello fuera Vietnam, cuatro chavales de unos diez años salieron escopetados de unos arbustos en dirección a mi finca a por las cerezas.

Claro, yo, al ver esa imagen de los niños saliendo por todos lados, le comenté a Virtudes que por qué no me pedía las cerezas; que yo siempre le cogía limones; que nos conocíamos de hacía catorce años, sí, ¡catorce años!, como te lo cuento, y que había confianza de sobra. Y ella, sonriendo, encogiendo los hombros y con un pañuelo en la cabeza a lo tuareg solo decía: «¡Ay, ay, ay!». Y qué vas a hacer, matar a Virtudes... no; explicarle que si quiere cerezas que las coja cuando le apetezca... no; desear que nunca tenga nietos... tampoco; matarme yo... casi va a ser mejor.

Estos son los hechos, pero vayamos al análisis de Harvard sobre el sucedido, que se dice. Virtudes sabía perfectamente que tenía cerezas porque las había visto y como las había visto sabía que estaban superapetitosas; sabía que era el momento de cogerlas porque de un día para otro pueden desaparecer todas si una bandada de pájaros da con ellas; y sabía que a mí me daba lo mismo darle una cereza, dos, tres que cuatro toneladas, pero ella pedirlas... nunca.

Así que entonces adopté una medida drástica, contundente, incluso arriesgada. De vez en cuando, fuera la época del año que fuera, cuando estaba en una charla con mis vecinos y me acordaba de las condenadas cerezas, sin venir a cuento, para que todo quedara claro, decía: «Por cierto, que cuando haya cerezas podéis cogerlas». Y a las cerezas añadía castañas, manzanas, peras…: «Podéis coger de todo».

Yo, sinceramente, creo que me tomaban así como por un poco raro, en plan «estos da cidade…», porque decir en enero que si querían podían coger cerezas cuando se dan de mayo a julio... normal normal no era; pero te lo juro, que yo porque no me taladraran la cabeza, dar… hasta daría mi sangre, y de verdad que si me la piden soy el primero que pongo el brazo. Es que de verdad, antes que interpretar a un gallego… lo que sea.

**4 Una frase que te destroza**

Yo soy gallego, yo soy... ya no sé qué iba a decir, pero el gallego..., el auténtico, el de pura cepa albariño, me mata, me destroza. Ni siendo primo hermano del apóstol Santiago puedes llegar a entenderlo, imposible; o naces aquí, y aún naciendo... pues tampoco, a lo mejor muriendo... pero claro, no es plan.

Tú en una aldea te encuentras con un gallego de los de verdad, de esos que tienen un barrigón que no veas y un jersey Lacoste que nunca sabrás cómo llegó a él, y le dices: «Lavandeira, ¿vamos a casa de Chuchi?». ¿Y qué crees que te responde Lavandeira?, ¿qué crees tú que te puede decir?, ¿qué imaginas, si es que puedes imaginar, que te va a contestar mientras te mira que parece que no te mira pero te mira?

Te va a decir sí, quizás no... pues ni sí, ni no, ni a lo mejor, que esto último también sería muy galaico. No. Te mira y, tras observarte incluso con ojos cándidos, te dice: «Pois si hay que ir... vaise». Pero, joé, ¡¡por Diosssssss!!, ¡cómo que si hay que ir vaise...!, ¡que no es una obligación!, ¡que no te ponen falta!, ¡que ya no estás en el cole!, que si quieres ir vamos, y si no, pues no vamos, cómo es eso de que «si hay que ir vaise». Y si le vuelves a preguntar, ni que hicieras un *rewind* existencial, la misma respuesta, «si hay que ir... vaise» y de ahí no se apea.

Mira, a mí cuando me ocurre esto, pues preguntas si le cae bien el tal Chuchi, si tiene algún problema con él, si pasó algo, si alguna vez... y te hablará de lo que sea; de que lo conoce de cuando estudiaron juntos en la escuela y D. Ramiro repartía mandobles a diestro y siniestro, de cuando jugaban en el alpendre do Xirelo, de que si sus padres ya se conocían de solteros, de…. pero saber si le cae bien o mal... no, «si hay que ir... vaise».

Tú le insistes por eso de que te desconcierta y porque hasta tienes miedo de que haya ocurrido a saber qué y que al Chuchi se le crucen los cables, le venga un recuerdo remoto y salga a recibirte con una recortada. Y entre que estás si pasó o no algún sucedido, allá, en una pista cualquiera de Galicia, en medio del todo y de la nada, entre arbustos y claros, entre ríos y fuentes, Lavandeira que se sube al coche, arrancas, vas por unas pistas, y mientras lo miras de reojo pensando otra vez en cómo le llegó el jersey Lacoste, tú, que lo tenías claro, pero superclaro, hasta piensas: «¿Y realmente habrá que ir?», y hasta te respondes...: «Inda vai ter razón, si hay que ir... vaise».